

La etimología y la motivación de las palabras, y su proyección cultural*

Etymology and motivation behind words, and its cultural projection

Resumen

Si se pretende establecer una relación entre léxico y cultura –indiscutible, por otra parte–, hay un componente básico, primigenio, que no debería dejarse de lado al abordar la cuestión, sean cuales sean las lenguas de que se trate, y, sobre todo, si estamos ante lenguas románicas, como el español. Ese componente lo representan la etimología y la motivación de las palabras, esto es, el origen, la procedencia, la razón o la causa, el principio mismo del recorrido de las unidades que constituyen ese léxico. En este trabajo, además de definir esos conceptos y de mostrar el interés que despiertan, se analizarán algunas de sus dimensiones y proyecciones, con especial atención a la motivación en toponimia, por su importante aportación a otras disciplinas y a la cultura en general.

Palabras clave

Etimología, motivación, léxico, palabras, toponimia, cultura.

Abstract

If one tries to establish a relationship between lexicon and culture (a relationship which is, on the one hand, indisputable), there is a basic and primitive component that we should not forget when addressing the issue, regardless of the languages concerned, and, in particular if we refer to Romance languages, like Spanish. This component is represented by the etymology and motivation behind words, that is, their origin, cause, or reasons: the very beginning of the journey made by the units that make up the lexicon. In this paper, in addition to defining these concepts and demonstrating their interest, we will analyse some of their dimensions and projections, paying special attention to the motivation behind toponymy, through its important contribution to other disciplines and to culture in general.

Key words

Etymology, motivation, lexicon, words, toponymy, culture.

* Este trabajo se inserta en el marco del proyecto de investigación *Semántica latino-románica: unidades de significado procedimental. Diferencias conservadoras e innovadoras del latín al español y afinidades con otras lenguas* (Ref. FF12012-34826).

1. Etimología y motivación. Conceptos, tratamiento y definición

Las incontables palabras de una lengua son lo que son por algún motivo, por alguna razón; todas tienen un contenido¹ y una forma que se puede explicar o no, pero que, si se da, no ha sido por mera casualidad y que, cuando menos, se puede rastrear e intentar averiguar.

Esa razón que está detrás del contenido y de la forma de las palabras es a lo que llamamos *motivación*² y a ella se puede llegar gracias a la *etimología*, entendida aquí como disciplina o especialidad lingüística que estudia el origen de las palabras consideradas en dichos aspectos, es decir, considerando la razón de su existencia, de su significación y de su forma, generalmente haciendo explícitas las relaciones –formales y semánticas– que ligan una palabra con otra unidad que la precede históricamente y de la que procede, remontándose hasta donde es posible y procedente (= ‘oportuno’)³.

Por *etimología* se entiende también el objeto de estudio mismo de la ciencia etimológica, el resultado de esa retrospectiva, es decir, ese origen, esa razón, o, por lo general, el *étimo*, que es ‘raíz o vocablo de que procede otro’, tal como lo define el DRAE⁴, y que tiene precisamente como étimo el gr. ἔτυμον –previo paso por el latín *etymon*–, cuyo significado es el de ‘verdadero’, ‘la verdad, lo verdadero, lo auténtico’.

En efecto, la palabra *etimología*, polisémica hoy en los sentidos antedichos de proceso o disciplina y resultado⁵, es un compuesto de origen griego⁶ y de acuñación estoica que pone el acento sobre el concepto de ‘verdad’ o ‘autenticidad’ identificado con ‘origen’.

La etimología nace de las corrientes filosóficas que buscaban la relación entre las palabras y las cosas, y que creían que la verdad estaba en el origen de las palabras porque estas significaban por naturaleza (φύσει –

¹ Bien es cierto que algunas palabras, que también conforman la lengua, no tienen significado. Es el caso de los nombres propios – antropónimos, topónimos–, ya que su función no es la de significar, sino la de designar e identificar. Su motivación, como se indicará, está fundamentada en esa relación de designación.

² Como se verá a continuación, se puede hablar de distintos tipos de motivación, pero aquí nos estamos refiriendo a una motivación de carácter diacrónico, que considera el origen de los signos lingüísticos y no la relación que se establece entre el significado y el significante de los mismos, que es lo que generalmente se tiene en cuenta para hablar de *motivación*; vid. Penadés Martínez y Díaz Hormigo (2008). Quizá para distinguirla mejor podríamos llamar a esta motivación “diacrónica”, “histórica” o, incluso, “lingüístico-histórica”, ya que, en todo caso, también es lingüística.

³ Aquí ya jugamos con la polisemia del verbo *proceder* y con la del adjetivo *procedente*, procedente a su vez –en cursiva el primer *procedente*, como referencia metalingüística, y sin cursiva el segundo– del participio de presente del lat. *procedere* ‘moverse adelante’, ‘avanzar’, ‘adelantar’, compuesto a su vez del lat. *cedere* ‘moverse’ –con frecuencia ‘moverse hacia atrás’ (‘irse, retirarse’) > esp. *ceder*– y del preverbo *pro*– ‘adelante’. La palabra cuya etimología buscamos *procede* de otra, pues no en vano *ha avanzado* respecto de ella, *se ha movido adelante*. Luego ya, de ese valor surge el de ‘avanzar bien, con éxito, conforme a derecho o práctica’, que sería el que hemos aducido en último término. Vinculado a ese verbo, lat. *procedere*, también está el sustantivo *processus* ‘acto de avanzar’, ‘avance, progreso’) ‘acción de ir hacia delante’ y en su transferencia espacio-temporal ‘transcurso del tiempo’. Otros modificados preverbiales del lat. *cedere* ‘moverse’ son *antecedere* (> esp. *anteceder*), *praecedere* (> esp. *preceder*) ‘ir por delante’ y *succedere* (> esp. *suceder*) –con el preverbo *sub*– ‘ir a continuación’.

⁴ Cf. DRAE s.v. *étimo*.

⁵ Esta polisemia, surgida como transferencia metonímica, no resulta extraña, pues se aprecia de modo similar en los nombres de otras disciplinas cuyo objeto de estudio también recibe su misma denominación: *toponimia* ‘conjunto de los nombres propios de lugar de un país o región’, *onomástica* ‘conjunto de nombres propios’. Estos últimos tienen, no obstante, valor colectivo.

⁶ Procede del lat. *etymología*, y este del gr. ἔτυμολογία, compuesto formado a partir de ἔτυμος ‘verdadero, auténtico’ y λογία ‘tratado’, ‘estudio’, ‘ciencia’ –con base en el gr. λόγος ‘palabra, razón’–.

physei-) y no por convención (*θέσει –thesei-*). Para quienes creían en la relación directa entre ellas practicar el ejercicio etimológico era intentar "decir la verdad", que es lo que significaba *ἔτυμον λέγειν*, de donde se forma ese compuesto, *etimología*. Cicerón lo tradujo en latín al pie de la letra por *ueriloquium*, pero a nosotros nos ha llegado en su modalidad genuina griega.

La etimología tradicional desarrolló el concepto de raíz como base esencial y núcleo del significado, de manera que las palabras compuestas y derivadas van perdiendo la esencia primera y verdadera. A medida que la palabra se identifica con valores nuevos, se pierden los valores originarios. Es en la palabra raíz donde está precisamente esa esencia originaria. De este modo, cuando se desconocía la etimología de una palabra era como si esa palabra no tuviera identidad o –casi habría que decir mejor– ipseidad⁷.

Como vemos, ya desde los griegos, y antes incluso⁸, la etimología de las palabras está íntimamente ligada a su motivación. Y de fondo parece estar la eterna cuestión de si hay una conexión intrínseca entre sonido y sentido o si nuestras palabras son símbolos puramente convencionales, formas aceptadas para los conceptos.

Es evidente que la etimología científica y moderna, desarrollada a partir de la lingüística comparada, con progresos muy notables en los campos de la fonética y de la semántica, tiene, además de una metodología sustancialmente distinta, una perspectiva también diferente⁹, pero creemos que esta no está necesariamente tan alejada de los preceptos antiguos, pues igualmente trata de buscar, hasta donde resulta posible, ese fin último, o, en retrospectiva, esa base motivadora inicial.

En este punto conviene precisar qué se entiende propiamente por motivación, o al menos, qué sentido le estamos dando aquí, pues por "motivación" suele entenderse, desde que Saussure (1967) formulara o sintetizara el *principio de arbitrariedad del signo lingüístico*¹⁰, la relación o el vínculo entre el significante y el significado del signo. De ese modo, desde un punto de vista sincrónico, para el lingüista ginebrino todos o casi todos los signos lingüísticos son arbitrarios, convencionales o están inmotivados. Es decir, si tomamos la lengua desde ese plano, que un significante se vincule a un significado es algo arbitrario o adoptado por convención, como parece demostrarlo el hecho de que tengamos distintos significantes para un mismo o parecido significado (*iniciar, comenzar, empezar*¹¹) y, viceversa, distintos significados para un mismo

⁷ La *identidad*, del lat. *identitas*, procede de *idem* 'el mismo' (uno es el mismo que fue). La *ipseidad*, desde el latín medieval *ipseitas*, insiste en la idea de 'ser él mismo y no otro'.

⁸ La especulación etimológica es bastante antigua y está documentada en las primeras manifestaciones literarias, ligada no a un modelo histórico y científico en el sentido moderno, como es fácil de imaginar y aquí ya estamos haciendo notar, sino a una voluntad interpretativa de tipo mágico-religioso o filosófico. Los hebreos, por ejemplo, destacan en el Antiguo Testamento por la búsqueda de una motivación de los nombres propios que encuentran en una pretendida etimología, que generalmente no se corresponde con la realidad. De esa manera, *Adán* (< hebr. *ādām* 'hombre, humanidad') es relacionado por los antiguos exégetas con *ādāmah* 'tierra roja, arcilla', por haber sido creado el hombre, Adán, con tierra. Vid. Zamboni (1988: 22-23). Ciertamente es que esa relación sí se da en latín, pues la propia etimología de la palabra *hombre* (< lat. *hominem*) conduce a esta misma motivación: el lat. *homo* está emparentado con el lat. *humus* 'tierra', de manera que sería el 'terricola' en oposición a los "celícolas" (los dioses).

⁹ Vid., por ejemplo, Malkiel (1996).

¹⁰ De acuerdo con Coseriu (1977: 59), la arbitrariedad del signo es una concepción aristotélica reelaborada multiseccularmente y sintetizada por Saussure. Conviene hacer notar, además, las matizaciones introducidas por Benveniste (1986: 49-55) y Coseriu (1978: 24) respecto de esa arbitrariedad del signo lingüístico formulada por Saussure.

¹¹ Cada uno de estos tres verbos aparece definido en el DRAE con uno de sus sinónimos, por lo que sería fácil decir que tienen el mismo significado. No obstante, siempre o casi siempre puede hallarse alguna diferencia entre los sinónimos, y, en efecto, comprobamos



significante (el significante *tiempo*, por ejemplo, recoge al menos dos significados, los que hacen referencia a la magnitud cronológica y al estado atmosférico), o que haya significantes diferentes para un mismo concepto o para designar un mismo objeto en las distintas lenguas (esp. *mesa*, ing. *table*, al. *Tisch*)¹².

No obstante, desde entonces, y desde esa misma perspectiva, la inmotivación del signo se ha matizado mucho, pues, además de las onomatopeyas, las palabras derivadas y compuestas, en tanto que se remontan y se asocian fácilmente a sus palabras base, se pueden considerar motivadas o relativamente motivadas. Así, por ejemplo, el adverbio español *desafortunadamente* se remonta a partir de sucesivas derivaciones y modificaciones lexemáticas¹³ a *fortuna* (*desafortunadamente* ← *desafortunada* ← *afortunada* ← *afortunar* ← *fortuna*), por lo que tanto el adverbio final como las voces intermedias estarían motivadas desde la base *fortuna*¹⁴.

Ullmann (1967: 92 ss.) señala que carece de objeto preguntar si el lenguaje es convencional o motivado, pues todo idioma contiene palabras que son arbitrarias y opacas, sin ninguna conexión entre el sonido y el sentido, pero también otras que son, al menos en cierto grado, motivadas y transparentes. Esa motivación, de acuerdo con este autor, puede verse reflejada de tres maneras diferentes, según atienda a su estructura fonética, a su estructura morfológica o a su fondo semántico. Así, se distingue entre *motivación fonética*, que se da en las palabras onomatopéyicas¹⁵ y expresivas de las lenguas, donde sí habría una correspondencia entre

que no todos los objetos directos que se les pueden aplicar convienen de igual manera a cada uno de esos tres verbos transitivos sinónimos. Así, por ejemplo, con *la clase* o *el curso académico* como objeto irá mejor *comenzar* y, en su caso, *iniciar*, y con *el pan*, *empezar*. *Empezar* es un verbo patrimonial formado sobre la base sustantiva de *pieza*, y admite mejor un objeto concreto, como *pan* –de hecho, podríamos decir de manera redundante que el pan se empieza por piezas–. Hay una mayor congruencia semántica (*empezar* es patrimonial, *pan* es concreto). En cambio, *comenzar* es un verbo menos popular (del lat. *com-initiare*) –formado sobre la base de *iniciar*, que es el verbo más culto–, y, en cuanto tal, combina de una forma más adecuada con un objeto menos concreto, como *la clase* o *el curso*. Lo mismo sucede con *iniciar*, que procede, a su vez, del lat. *initiare*, desde el sustantivo *initium*, creado a partir de *inire* ‘ir adentro’ (el preverbo *in-* es de tipo ingresivo, e *inire* pasa a significar ‘comenzar’, pues se entra y se comienza; consiguientemente, el sustantivo *initium* no tiene ya el valor de ‘entrada’, sino el de ‘inicio, entrada en un proceso’, de aspecto ingresivo). Una acción es más concreta y las otras menos –o más abstractas–; a la vez, desde el punto de vista histórico, una palabra es patrimonial, otra lo es a medias y la otra es culta. No son exactamente lo mismo. Se pueden aplicar al mismo referente, pero el sentido lingüístico de cada expresión comporta connotaciones diferentes (+ patrimonial, + concreto / + culto, + abstracto).

¹² Es lo que García Manga (2002: 161-162) contempla como dos formas de convencionalidad. Una aludiría a una *arbitrariedad intralingüística*, que funciona en el seno de una sola lengua y se presenta avalada por la existencia de la sinonimia y de la polisemia, universales resultantes de la asimetría del signo, y otra se referiría a la *arbitrariedad contrastiva*, que funciona en un plano interlingüístico y se comprueba en el análisis simultáneo y comparativo entre lenguas distintas.

¹³ Somos partidarios de no considerar la prefijación como derivación, pues, siguiendo precisamente la etimología, la *derivación* (< lat. *deriuatio*), desde su base latina (*riuus* ‘corriente menor de agua’ → *de-riua-tio* ‘derivación del agua’), necesariamente se produce desde arriba (‘desde arriba’ es lo que indica el prefijo *de-*) hacia abajo, o, lo que es lo mismo, hacia adelante, por la parte descendente de la palabra, como el curso natural del agua. La derivación sigue el curso de la palabra, como la *deriuatio* el del agua, por lo que, siendo descendente, se producirá al final y no al principio. Por tanto, si se quiere mantener la coherencia terminológica, la derivación solo puede ser sufijación y la modificación por la parte alta y principal de la palabra, esto es, la prefijación, no será derivación. Llamar “derivación” a la prefijación supone caer en una *contradictio in terminis* o contradicción terminológica. Por ese hecho, la prefijación, como la que aquí se da (*afortunada* → *desafortunada*), puede ser considerada mejor a partir de una de las estructuras lexemáticas de Coseriu (1981: 137 y 179 ss.): en concreto, la *modificación lexemática*, que, frente al *desarrollo lexemático*, no cambia la categoría gramatical de la base.

¹⁴ Y *fortuna* también lo estaría, aunque se discute su etimología, y, con ella, su motivación. Es posible que tenga la misma raíz del verbo *ferre*, con grado -o-. La *fortuna*, emparentada con el lat. *fors* ‘suerte, azar, casualidad’, el adverbio *forsitan* y el adjetivo *fortuitus* (> esp. *fortuito*) “(nos) lleva” y lo hace por azar.

¹⁵ Se distingue entre *onomatopeyas primarias*, que imitan el sonido mediante el sonido (*buzz* ‘zumbar’), y *secundarias*, que evocan un movimiento (*slink* ‘escabullirse’) o una cualidad física o moral (*grumpy* ‘gruñón’) a través del sonido.



el sonido y el sentido, como en *ping-pong*, *miau*, *guau*, *croar*, *ronroneo*; *motivación morfológica*, en las voces compuestas y derivadas, que se perciben transparentes como tales, como en *limpiabotas* 'persona que limpia o abrillanta el calzado', *abrelatas* 'utensilio para abrir latas', *carnicería* 'tienda donde se vende carne' (*carnicería* ← *carnicero* ← *carniza*¹⁶ ← *carne*)¹⁷; y *motivación semántica*, en las palabras usadas en sentido traslativo o metafórico, que serán transparentes gracias a la conexión entre dos significados, como en la *raíz* de un mal, las *ramas* de una ciencia, los *frutos* de la paz, un *árbol* genealógico, etc.

Según Ullmann, las motivaciones morfológica y semántica se podrían incluir en un capítulo más general de "motivación etimológica", puesto que se refieren a palabras derivadas de elementos existentes, mientras que la motivación fonética implica la creación de palabras completamente nuevas. Esto quiere decir también que la *motivación etimológica* es siempre "relativa", pues el resultado es transparente, pero los elementos en sí son opacos, a menos que por casualidad estén motivados fonéticamente.

En esa línea, Baldinger (1977: 33-37) habla, por un lado, de *motivación onomatopéyica*, con cierta relación directa o primaria, para las palabras cuyos significantes, de carácter acústico, se vinculan con la realidad¹⁸, y de *motivación indirecta* o *secundaria* para las de valor metafórico o traslativo, como *encabritarse* 'hacer que un caballo se empine, afirmándose sobre los pies y levantando las manos', que no estaría motivada de manera directa con la realidad, sino de modo indirecto o secundario a través de *cabra*.

Casas Gómez (1996: 46-47 y 2002: 106) se refiere además a una *motivación terminológica*, propia del lenguaje técnico-científico, de carácter interlingüístico, por la que los significantes se identifican con los objetos referidos¹⁹, y a una *motivación por tabú lingüístico*, de carácter extralingüístico, también basada en la relación entre el significante y la realidad designada²⁰.

De esta manera, y aunque, como denuncian Penadés Martínez y Díaz Hormigo (2008), no se ha dado una definición del concepto de *motivación* que se pueda aplicar por igual a todas las unidades lingüísticas²¹ –

¹⁶ Es muy probable que un hablante medio de español no vea en *carnicería* y *carnicero* la vinculación con *carniza*, sino solo con *carne*. El mantenimiento de la voz *carnerería*, forma documentada en el español medieval y clásico y relegada hoy al habla popular de algunas zonas de España, de acuerdo con el DPD, s.v. *carnicería*, parecería deberse también a ello.

¹⁷ Algunas lenguas, como el alemán –frente, por ejemplo, al inglés, español o francés–, tienen un porcentaje mayor de palabras transparentes, motivadas morfológicamente. Así en alemán hallamos palabras como *Lautlehre* 'fonética' (lit. *Laut* 'sonido' + *Lehre* 'disciplina, enseñanza'); *Gegenstandswort* 'sustantivo' (lit. *Gegenstand* 'objeto' + *Wort* 'palabra' –existe también *Substantiv*–); *Schlittschuh* 'patín' (lit. *schlittern* 'deslizarse' + *Schuh* 'zapato'); *Eigelbe* 'yema' (lit. *Ei* 'huevo' + *gelbe* 'amarillo'); *Eiweiss* 'clara' (lit. *Ei* 'huevo' + *weiss* 'blanco'); *Blinddarmenzündung* 'apendicitis' (*blind* 'ciego' + *Darm* 'intestino' + *Entzündung* 'inflamación'). Cf. Ullmann (1967: 119 ss.), y también Luque Durán (2001: 499-500).

¹⁸ De acuerdo con Baldinger (1977: 34), no se incorpora la cosa misma al lenguaje, sino solo una señal de índole acústica o motora. Por eso las voces onomatopéyicas pueden ser distintas en cada lengua, según la característica que se considera como típica: el canto del gallo es *kikiriki* (*quiquiriqui*) en español y *coquericot* (*cocorico*) en francés.

¹⁹ Los términos técnicos se conciben como exactos sustitutos de los conceptos para los que han sido creados por los distintos especialistas en la materia. Cf. García Manga (2002: 165).

²⁰ El origen de la identificación tiene una base psicológica fundamentada en el hecho de atribuir a la palabra un poder intrínseco. Cf. García Manga (2002: 166). Existía y todavía existe la creencia antigua de que la palabra posee un poder intrínseco o mágico por el que es capaz de producir justamente aquello que designa.

²¹ Penadés Martínez muestra en ese mismo trabajo junto a Díaz Hormigo, pero también en otros (2006 y 2012), cómo se ha considerado la motivación en las unidades fraseológicas y cómo lo que se pueda decir respecto de la motivación para las demás unidades lingüísticas presenta muchos puntos comunes y funciona también en fraseología.

motivadas–, en menos de cien años se ha pasado de considerar los signos lingüísticos como arbitrarios a verlos en buena medida como motivados²².

Estas mismas autoras (Penadés Martínez y Díaz Hormigo, 2008: 61 ss.) tratan de aproximarse a esa definición y apuntan que el concepto de *motivación* debe incidir en una relación entre el significante y el significado de una unidad lingüística²³, que sea percibida como causal²⁴ por el investigador²⁵, por el hablante²⁶ o por ambos²⁷, y que surja de la vinculación de esa unidad con otras unidades de la lengua (motivación morfológica)²⁸, con la realidad extralingüística (motivación fonética)²⁹ o con la realidad extralingüística y con otras unidades de la lengua a la vez (motivación semántica)³⁰.

Nosotros coincidimos con el planteamiento expuesto y, sobre todo, con su impecable desarrollo, pero aquí estamos manejando una concepción de *motivación* algo diferente, que también consideramos lingüística – aunque lo pueda ser solo en parte–, y a la que por supuesto no se debe renunciar. Nos referimos a una motivación de carácter diacrónico, etimológico, similar a la planteada por Guiraud (1975: 23-29), quien adopta una perspectiva genética concerniente al origen de los signos lingüísticos. No es, por tanto, la que hace referencia al funcionamiento en sincronía de los mismos, centrada en la relación entre significado y significante, mantenida desde Saussure, continuada por Ullmann³¹, y defendida por Penadés y Díaz Hormigo (2008), si bien esté mucho más cerca de la concebida por estas autoras, en especial cuando plantean la relación causal desde el punto de vista del investigador. Es una motivación, por tanto, ligada a la etimología³².

²² Esa evolución se aprecia desde la postura de Saussure hasta, por ejemplo, la concepción de la lingüística cognitiva. Cf. Penadés Martínez y Díaz Hormigo (2008: 62).

²³ No como relación entre signo y cosa (realidad designada) ni entre el significante y la cosa. Esto implica admitir la existencia de signos lingüísticos motivados e inmotivados o arbitrarios. La investigación lingüística determinará cuáles son.

²⁴ Hay una razón o un motivo para asociar el significado de un signo a un determinado significante y no a otro.

²⁵ El investigador puede conocer la motivación de unidades lingüísticas que la han perdido para el hablante sin conocimientos de lingüística o que tiene pocos conocimientos culturales. Esto probaría que la motivación es inestable y que la consideración de su existencia o no depende de si se adopta una perspectiva diacrónica o sincrónica.

²⁶ El hablante puede establecer motivaciones falsas, interpretaciones composicionales de formaciones derivadas y compuestas que han desarrollado acepciones que las alejan de los significados de las unidades lingüísticas de las que han sido formadas. Es la etimología popular.

²⁷ Sería la manifestación del fenómeno lingüístico de la motivación en su forma más clara y apropiada.

²⁸ Así se explicaría, según las autoras, la formación derivada *invitación*, por su vinculación con el verbo *invitar* y con el sufijo *-ción*, que forma sustantivos verbales que expresan acción y efecto. Resulta, además, muy interesante la revisión que realiza Díaz Hormigo (2006) de la motivación morfológica, en especial de la derivación, teniendo en cuenta la variación lingüística y, sobre todo, la diatópica (cf. *merecer* y *ameritar*). A este respecto, y considerando más el componente diacrónico por lo que afecta al presente trabajo, advertimos, como hace Díaz Hormigo (2006: 751), que, por ejemplo, *abdicación* no deriva del verbo *abdicar*, sino que ha evolucionado a partir del sustantivo latino *abdicatio* (ac. *abdicationem*). Lo cierto es que, siguiendo ese criterio, lo mismo cabría decir de *invitación* (< lat. *inuitatio*) respecto de *invitar* (< lat. *inuitare*).

²⁹ En las onomatopeyas se intenta que se dé, al menos en un principio, una vinculación natural o directa entre la forma o estructura fonética de la palabra y la realidad que esta simboliza, como en *tictac* ‘ruido acompasado que produce el escape de un reloj’.

³⁰ Vinculación de un signo con otro con el que coincide desde el punto de vista del significante y que designa en la realidad un objeto o concepto con el que lo designado por el primero presenta una relación de contigüidad espacial o temporal, o alguna otra relación de carácter extralingüístico. La motivación semántica está basada, en definitiva, en asociaciones entre signos que designan objetos o conceptos relacionados de alguna manera en la realidad. Sería el caso de *canguro* ‘persona que se encarga de atender a niños pequeños en ausencia de los padres’ o de *lengua* ‘sistema de comunicación’.

³¹ Vid. al respecto Penadés Martínez y Díaz Hormigo (2008: 56).

³² *Motivación*, por cierto, es una palabra derivada de *motivo* y esta, desde el lat. *motivus* ‘propio para mover, relativo al movimiento’.

Por eso, independientemente de que desde una perspectiva sincrónica las palabras aparentemente arbitrarias y opacas abunden y prevalezcan, y no haya una conexión directa entre sonido y sentido o entre significante y significado, desde un muy amplio panorama diacrónico, se puede considerar que todas las palabras tienen una motivación, aunque esta se haya ocultado o no sea fácil de ver³³.

En efecto, es lícito pensar que siempre hay una justificación por la que cada una de las palabras de una lengua, con su forma y su(s) significado(s), está presente en ella, ya sea por evolución o herencia, como palabra patrimonial desde una lengua madre anterior –en el caso del español, el latín y, más allá, el indoeuropeo–, ya sea por incorporación o préstamo desde otra, o bien por otra razón, como alguna de las ya apuntadas. Al fin y al cabo, todas las palabras, y también las primarias, no derivadas ni compuestas, y al margen de las onomatopéyicas, tienen una etimología que dilucida su origen y, por ende, su motivación.

Incluso una palabra como *gas*, prototipo de palabra inventada, no se debe considerar arbitraria ni creada *ex nihilo*³⁴. La voz *gas* fue acuñada en el s. XVII para el latín científico de la época, del que después pasó a las diferentes lenguas europeas, por el químico holandés J. B. Van Helmont, quien se inspiró para ella en el lat. *chaos* (< gr. *χάος* 'abertura'), y no carece, por tanto, de fundamentación etimológica; más bien, al contrario. Detrás de una palabra siempre hay una motivación.

Somos conscientes de que indagando en este tipo de motivación no nos atenemos al ámbito específicamente lingüístico, pero es que esto es lo que también pretendemos: conocer a través del estudio del léxico, de las palabras, el porqué de las mismas, con todas las implicaciones, tanto lingüísticas como no lingüísticas, que esto supone.

De hecho, como también señalan Penadés Martínez y Díaz Hormigo (2008: 62) –quienes ya ha quedado claro que se interesan sobre todo por una motivación específicamente lingüística entre significante y significado–, puede y debe ser asimismo objeto de estudio la relación motivada o no motivada entre signo y cosa o realidad designada, sabiendo que esta relación causal, basada en una posible motivación referencial o designativa, será de interés para disciplinas como la filosofía del lenguaje, la psicología cognitiva o la antropología social –y varias más, añadiríamos nosotros, aunque aquí quizá sea suficiente con hablar de "cultura" en general–. Comenzamos a entender ya, por tanto, la "proyección cultural", que se anuncia en el título.

tiene que ver con *motor* 'que mueve' y, en concreto, con el participio *motus* del verbo *mouēre* 'mover'. Es decir, la motivación es aquello que ha movido, que ha impulsado, que ha conducido a que una palabra tenga finalmente la forma y el valor que tiene.

³³ Penadés Martínez y Díaz Hormigo (2008: 63) no se muestran distantes de esta línea cuando señalan, como hemos mencionado ya, que la motivación es inestable y que la consideración de su existencia o no existencia depende de que se adopte una perspectiva diacrónica o sincrónica. No obstante, si se adopta esa perspectiva diacrónica, lo que sería inestable no sería la motivación en sí, que siempre se daría, sino su visibilidad. Como se acaba de afirmar, todas las palabras tienen un origen motivado, pero esta motivación se oculta por lo general con la evolución formal, semántica y orgánica de las lenguas. De esa manera, es fácil que una palabra motivada de manera clara en el plano diacrónico, incluso fonéticamente, puede parecer arbitraria en la actualidad. Por ejemplo, el inglés *to touch* o el francés *toucher*, así como el español *tocar*, se remontan al latín vulgar **toccare*, del onomatopéyico *toc* 'choque, golpe'. Esta palabra estaba motivada fonéticamente, pero su derivación, la evolución y, en su caso, la adopción como préstamo, han favorecido la pérdida de su transparencia.

³⁴ Cf. Guiraud (1975: 27) y Álvarez de Miranda (2009: 152).



2. La motivación en toponimia y su importante aportación a otras disciplinas y a la cultura en general

Seguramente en nuestra concepción de la motivación nos hayamos visto influidos por la disciplina en la que más la hemos estudiado, la toponimia, pues en los topónimos, en los nombres de lugar, al igual que en los antropónimos o nombres de persona y que en los demás nombres propios, no se puede dar la vinculación entre significante y significado, sencillamente porque no hay significado.

Así es, los topónimos tienen como función principal la de designar un lugar, es decir, sirven para identificar una entidad geográfica mediante una denominación. Por ejemplo, el topónimo *Alcalá de Henares* sirve para designar e identificar la ciudad y el municipio situado al este de la *Comunidad de Madrid* –otro topónimo, designador de una región administrativa y política–, en el centro de *España* –otro topónimo, designador de país–, y al suroeste de *Europa* –otro más, designador de continente–. Ninguno de esos cuatro topónimos mencionados tiene significado. ¿O, en caso contrario, cuál es el significado de *Alcalá de Henares*? ¿Cuál el de (*Comunidad de*) *Madrid*, el de *España* o el de *Europa*?

Los topónimos no significan, solo designan, pese a que de manera habitual se suele preguntar por el significado de este topónimo, del otro o del de más allá, o señalar que tal topónimo significa esto o lo otro. Cuando eso sucede, lo que se está haciendo en realidad es apuntar hacia su etimología y motivación, ya que los topónimos no significan, pero sí tienen motivación.

La motivación es la razón, la causa, que ha propiciado que un topónimo haya sido el que es, que sea ese y no otro; es decir, el motivo por el que una palabra o un grupo de palabras se aplica a un determinado lugar para constituir su denominación y convertirse así en topónimo. Cada topónimo tiene un porqué, una explicación, una justificación, y esa es su motivación, que nos conduce directamente a la referencia por la que surgió. Esta referencia generadora del topónimo no ha de confundirse con la referencia –con el lugar– que el topónimo designa, con el *designado*, pues no tiene por qué coincidir con ella hoy; es decir, *motivación* tampoco ha de confundirse con *designación*.

Así, el topónimo *Alcalá de Henares* vino motivado por la fortaleza que los musulmanes construyeron después de tomar la ciudad visigoda y trasladar el núcleo poblacional al otro lado del río, a la zona elevada de los cerros, para su mejor defensa. Eso fue lo que los musulmanes acabaron denominando *Al-qal'at Nahar* en referencia al castillo³⁵ y al río *Henares*. De esta manera, la referencia generadora y motivadora del topónimo *Alcalá de Henares*, la fortaleza o castillo junto al río, que viene a ser el territorio de lo que hoy se conoce como *Alcalá la Vieja*, no coincide con la referencia, con la realidad extralingüística designada por el topónimo hoy, esto es, con la ciudad moderna de *Alcalá*. Tampoco, lógicamente, coincide *Madrid* –y menos aún la *Comunidad de Madrid*– con el cauce madre del río Manzanares³⁶, ni *España* con un lugar abundante en conejos –en el muy supuesto caso de que respondiera a la etimología fenicia que durante tanto tiempo se ha defendido³⁷–. Quizá

³⁵ *Al-qal'at* es 'el castillo' en árabe; esa es la etimología, que aquí concuerda con la motivación.

³⁶ A partir del lat. *matrice(m)* 'cauce de un río'. Cf. García Sánchez (2010: 261-262).

³⁷ Más probable que la difundida hipótesis de Bochart a partir del fenicio **isephanim* 'isla de conejos', o incluso que la latinización de un

para *Europa* sería distinto si resulta buena la etimología más aceptada que mira al "occidente", desde el punto de vista asiático³⁸, pero ni siquiera, porque tampoco podría ser todo lo que está al occidente de Asia.

Difícilmente entre los topónimos denominados "mayores", de ciudades, regiones, islas, países o, incluso, continentes, que suelen tener una larga historia detrás, se puede haber mantenido en su designación la referencia que los originó, aunque guarde algún tipo de vínculo –histórico– con ella. Es ese vínculo precisamente lo que se conoce o se descubre mediante la *motivación* y su averiguación es uno de los objetivos de la Toponimia como disciplina. Esa motivación –lo estamos viendo– tiene un evidente componente cultural que hace que esta disciplina, la Toponimia, sea especialmente enriquecedora en ese aspecto.

Se debe aclarar que *motivación* tampoco equivale a *significado* –insistimos en que los topónimos no tienen significado–, aunque la motivación pueda encontrarse en el significado del apelativo o apelativos que dieron lugar al topónimo –es decir, antes de que fuera topónimo–. La motivación es la conexión entre ese apelativo, ese nombre común, dotado de significado, sí, y el referente, la realidad extralingüística, el lugar, que acaba denominándose mediante ese apelativo, convertido desde ese momento en topónimo.

No obstante, con alguna frecuencia hemos visto cómo la motivación se ha considerado el significado del topónimo, e incluso –lo que es peor–, más allá de la motivación, se ha llegado a creer que el étimo de la palabra, palabras o componentes del topónimo es el verdadero significado. Hemos denunciado en varias ocasiones, y aquí lo volvemos a hacer, la «verdad» del así llamado *Atlas de los nombres verdaderos*³⁹, que muestra sobre mapas, y mediante traducciones de los supuestos étimos toponímicos a la lengua española actual⁴⁰, el todavía más supuesto significado de los nombres geográficos. En ese *Atlas* se busca la motivación, y consiguientemente el significado, en la etimología⁴¹, aunque el étimo de un topónimo tampoco tiene que coincidir con la motivación y no ha de identificarse o confundirse con ella. Así se comprende que el nombre de *Guadalajara* tiene como étimo el árabe *wādi-al-hijārah* 'río de las piedras', y esa etimología pueda valer para explicar la motivación del topónimo alcarreño, pero desde luego no explica la del homónimo mexicano, que en todo caso remite al español⁴².

'y-špn(y) 'costa del norte', también fenicio, se presume una relación con el topónimo *Hispalis* para *Hispania* (> *España*). Cf. Faure (2004: 227-228), De Hoz (2010: 431) y Nieto Ballester (2011).

³⁸ La hipótesis más difundida relaciona el griego Εὐρώπη, latinizado luego en *Europa*, con el asirio y acadio *ereb* 'ocaso, poniente, occidente', en oposición a *asu* 'levante, oriente', de donde vendría el nombre de *Asia*. La voz semítica **ereb* 'oscuridad, poniente' se ve también en el fenicio '*ereb* 'oscuridad, ocaso, oeste', en el hebreo '*érev* 'poniente, occidente', o en el árabe *garb* 'oeste'. Esa explicación parece más probable que la que considera el corónimo un compuesto griego de εὐρύς 'ancho, vasto' y ὄψ, ὠπός 'ojo, mirada'. Cf. Faure (2004: 236).

³⁹ Vid. <http://www.kalimedia.com/Atlas_Nombres_Verdaderos.htm> [Consulta: 1-6-2015].

⁴⁰ Son muy numerosos los errores en la etimología dada, cuya "traducción" se muestra. No se entiende que *Madrid* aparezca como *Pastos* o *Barcelona* como *Rayos*, *Bilbao* como *Bello Vado* –explicación tradicional no admisible–, o *Santander* como *San Ermitaño*, por citar solo unos pocos ejemplos.

⁴¹ Esa pretendida verdad nos parece recordar la que querían hallar los griegos en los inicios de la etimología, pero en realidad se busca de manera lineal y superficial, sin tener en cuenta los distintos planos que funcionan en toponimia, y el resultado, por ello, no pasa de ser cómico.

⁴² En el *Atlas de los nombres verdaderos* se da a la *Guadalajara* mexicana el nombre de *Agua de Piedra*, rayando aún más en lo absurdo. Evidentemente, por lo mismo o por mucho más que eso, *Colombia*, que debe su nombre a Cristóbal Colón, no puede ser concebida como *País de Palomas* (sic).



Como vemos, los topónimos no son arbitrarios; son todos signos motivados, que en muchos casos mantienen su transparencia motivadora de manera más o menos evidente –*Cuenca, Sierra Nevada, Torrehermosa, Valverde...*–, pero que en muchos otros esta ha quedado oscurecida y puede permanecer oculta, también a los ojos del investigador –así sucede con nombres tan representativos como los de *España, Cataluña* o *Barcelona*⁴³, aunque se hayan ofrecido distintas hipótesis para su explicación–. Sea como fuere, siempre hay una razón por la que surgen y también por la que acaban teniendo su forma en su lengua de origen y, en su caso, en las lenguas de adopción. La forma final de un topónimo es consecuencia, por tanto, de su motivación inicial, de su origen, pero también de un proceso posterior de evolución y/o transformación, que demuestra muchas veces cómo la designación –la función primordial del topónimo– es en él lo que más importa. Así, a partir de su creación, un topónimo puede evolucionar –a veces como el resto de las palabras de la lengua– y, mediante ese desarrollo, visibilizado en cambios formales, puede perder transparencia o, si se prefiere, la evidencia de la conexión con su origen y motivación: pocos, a no ser que lo sepan de antemano, ven en *Santander* su origen a partir del lat. (*ecclesia*) *Sancti Emeterii* ‘iglesia de San Emeterio’; o en el topónimo vasco *Donostia* una perfecta equivalencia de su correspondiente castellano (*San Sebastián*), al ser un compuesto del lat. *dominus* (> *Don*), título de santidad adoptado por el vasco, y del mismo nombre de *Sebastianus*.

La forma de un topónimo parte de un origen motivado, que tiene que ver con el lugar que designa y, por supuesto, parte de la lengua en la que se creó, pero puede haber ido ocultando su motivación hasta haberla convertido en opaca si se ha alterado su forma o su estructura, o si la lengua o el estadio de lengua en los que el topónimo se impuso no son conocidos por aquellos que lo usan. Así surgen las tautologías toponímicas, que responden al proceso de nombrar a partir de la misma referencia, y generalmente en una lengua distinta, el lugar que ya había sido denominado mediante ella: *Valle de Arán* (cf. vasc. *aran* ‘valle’), *Pont de Suert* (a partir del vasco *zubiri* ‘ciudad del puente’), *Los Llanos de Aridane* (considerando el prehispánico guancho *Aridane* con el mismo valor de ‘llanos’), *Desierto del Sáhara* (cf. ár. *ṣaḥrā* ‘desierto’); o también, por otro lado, las etimologías populares⁴⁴.

Mediante la explicación de los topónimos, esto es, mediante el descubrimiento de su etimología y, sobre todo, de su motivación, se contribuye a un mejor conocimiento de los lugares que designan y de la realidad antigua, tanto en lo que se refiere a la lengua como también a otros muchos aspectos histórico-culturales. Precisamente, debido a su inherente interdisciplinariedad, el estudio de la toponimia proporciona una importante variedad de conocimientos en diversas ciencias humanas, y otorga a quien se interesa por ella una enriquecedora e inapreciable formación e información. La interdisciplinariedad de la toponimia conduce a compartir intereses, ya que la Historia, la Geografía, la Geología, la Biología, la Antropología, la Etnología, la Arqueología, la Lingüística y el resto de las materias que cooperan en la indagación toponímica salen beneficiadas de ella. Del análisis de los nombres de lugar se pueden extraer conclusiones para un mejor conocimiento de todas ellas, vinculadas especialmente al territorio cuya toponimia se estudia.

⁴³ Cf. García Sánchez (2005).

⁴⁴ Vid. García Sánchez (2007: 303 ss.).



Generalmente en los nombres geográficos se reflejan todas las épocas de la historia de un país. En efecto, la toponimia mantiene nombres de diversos orígenes que han llegado hasta hoy como testimonio imborrable, y a veces único, de las diferentes etapas de la historia de un lugar o de una región determinados. Así, observamos cómo a los nombres más antiguos, que se han de corresponder con los de los primitivos pobladores, se han ido superponiendo de manera sucesiva otros, en función de las vicisitudes históricas, hasta llegar a constituir el conjunto contemporáneo de topónimos: nombres prerromanos de distinto tipo (preindoeuropeos, indoeuropeos precélticos, célticos), nombres latinos, germánicos, árabes, romances...⁴⁵

El mapa actual de la toponimia es, por tanto, el conglomerado resultante de la suma de esas capas o estratos toponímicos, reflejo a su vez de las etapas históricas y lingüísticas. Por tal motivo, la delimitación de esas capas, agrupando en ellas los topónimos, contribuye al conocimiento del pasado lingüístico, acorde con el histórico, de la zona cuya toponimia se estudia⁴⁶.

3. "Proyecciones" y dimensiones de la etimología y de la motivación de las palabras

Queda claro que los topónimos, gracias a su etimología y, sobre todo, a su motivación, aportan mucha información de tipo cultural y tienen una gran proyección a este respecto, pero esa dimensión también la pueden alcanzar la etimología y la motivación de las palabras del léxico común, entendiendo igualmente por motivación la de tipo causal e histórico que hemos considerado para los nombres de lugar.

Así, por ejemplo, las influencias, fundamentalmente en forma de préstamos léxicos, del latín a otras lenguas no románicas, con las que aquella estuvo en contacto, nos hablan por sí solas de la importancia de la cultura y civilización romanas⁴⁷. Que el vasco tenga palabras de uso tan cotidiano, y al mismo tiempo tan antiguo, como *gauza* 'cosa' (< lat. *causa(m)* 'causa, cosa'), *zeru* 'cielo' (< lat. *caelu(m)* 'cielo'), *denbora* 'tiempo' (< lat. *tempora* 'tiempos'), *bake* 'paz' (< lat. *pace(m)* 'paz'), *lege* 'ley' (< lat. *lege(m)* 'ley'), *kale* 'calle' (< lat. *calle(m)* 'senda, camino'), *galtzada* 'calzada' (< lat. vg. *(uiam) calciata(m)* 'vía pavimentada'), *gatzelu* 'castillo'

⁴⁵ Vid. García Sánchez (2007). Un topónimo, además, puede haber sufrido múltiples y sucesivas alteraciones en función de los distintos pueblos y lenguas por los que ha ido pasando. Por ejemplo, *Ibiza*, desde el fenicio-púnico 'YBŠM –posiblemente 'isla de los pinos'–, se adaptó al latín como *Ebusus*, pasó al árabe como *yābisa* 'la (isla) seca', y de ahí procede ya la forma actual (cat. *Eivissa* y cast. *Ibiza*). Modificaciones por el superestrato árabe se pueden encontrar por doquier: *Zaragoza* tuvo que pasar por una fase árabe o mozárabe para dar ese resultado (*C(ae)sara(u)gusta* > ár. *Saraqusta* > esp. *Zaragoza*). La historia del topónimo *Sevilla* hay que buscarla en *Hispalis*, nombre con que la ciudad aparecía en lengua latina y griega; los árabes lo adoptaron y adaptaron en la forma *İšbiliya*, con paso de *-p-* a *-b-*, imela (*a > e > i*) y final en *-a* característicos, de manera que la forma actual es una evolución a partir de ese último nombre árabe.

⁴⁶ No pocas veces la toponimia ha servido como complemento, o incluso como fundamento, de la investigación histórica. Con la ayuda de algunos topónimos se han podido confirmar hipótesis o, cuando menos, se ha arrojado luz sobre pasajes poco claros de nuestra historia. Es muy conveniente tener en cuenta, por ejemplo, los frecuentes trasvases toponímicos, denotados por las repeticiones tipológicas en distintos lugares, ya que van a ser indicativos de movimientos de población o de conquistas. La repoblación de vascones o vascófonos en el centro peninsular viene confirmada por los varios topónimos de ese origen que se hallan en ese territorio: topónimos como *Mingorría*, *Chaherrero* (< *aita Herrero*) o *Chamartín* (< *aita Martín*), en Ávila, *Zayas de Báscones*, en Soria, *Bascuñana* o *Gascueña*, en Cuenca...

⁴⁷ Clara muestra de esto son voces como ingl. *wine*, al. *Wein* (< lat. *uinum*), ingl. *cheese*, al. *Käse* (< lat. *caseum*), ingl. *street*, al. *Strasse* (< lat. *stratam*), ingl. *wall* (< lat. *uallum*), etc.



(< lat. *castellu(m)* 'castillo'), *merke* 'barato' (< *merce(m)* 'mercado'), *barkatu* 'perdón', 'perdonar' (< lat. *parcatu(m)* 'perdonado'), aparte de muchas otras⁴⁸, muestra esa importante presencia del latín en el territorio vascofono⁴⁹ y en la lengua vasca. Quizás sea especialmente representativo el caso de *barkatu* 'perdonar', que procede del lat. *parcēre* con ese mismo valor, y que es, además, el único superviviente que ha quedado de ese verbo latino⁵⁰, pues los verbos románicos no continúan el latín, sino que son innovaciones léxicas a partir de una modificación preverbal: *per-donare* (> esp. *perdonar*, fr. *pardonner*, it. *perdonare*, cat. *perdonar*, port. *perdoar*, gall. *perdoar*, etc. –la construcción se repite como calco en lenguas germánicas como el ingl. *forgive*, el al. *vergeben* o el neer. *vergeven*, dan. *tilgive*, suec. *förlåta*, además del esperanto *pardoni*–).

La pervivencia del lat. *parcēre* (> *barkatu*) en vasco no es más llamativa que la de otras formas latinas que se han mantenido como auténticas reliquias en determinadas hablas o variedades del español, y que solo se explican atendiendo a su correcta etimología. Solo así se pueden entender expresiones como la de "hechar el eje" ("hacer el eje, elaborarlo") en la montaña de Cantabria, con una grafía que no nos debe escandalizar, pues se remonta al lat. *factare*⁵¹. Este verbo, intensivo de *facēre*, entró en colisión homonímica con *iactare* (> *echar*), intensivo a su vez de *iacēre*, y salió claramente malparado, hasta el punto de que sus posibles resultados han quedado ocultos por la pujanza del segundo.

Los usos residuales, dialectales, que se pueden encontrar en las variedades de la lengua tienen una enorme importancia, porque en ellos permanece léxico –así como otras características lingüísticas– de notabilísimo interés. Esto también es cultura. *Hechar* con *h*- es mucha cultura.

Si nos fijamos en el léxico general del español, su configuración hoy es también reflejo de múltiples circunstancias, porque cada palabra es un pequeño mundo –"chaque mot a son histoire", como decía Gilliéron– y todas aportan datos interesantes. Siguiendo con la procedencia foránea de las palabras, los préstamos de las distintas lenguas con las que el español ha estado en contacto desde sus orígenes (árabe, bereber, otras lenguas románicas –catalán, occitano, francés, italiano, portugués...–, otras lenguas europeas –gótico, alemán, inglés...–, lenguas indígenas americanas, y también las lenguas clásicas –latín y griego– de

⁴⁸ Cf. *errege* 'rey' (< lat. *rege(m)*), *meneratu* 'someter, dominar' (< lat. *ueneratu(m)*), *mendekatu* 'vengar(se)' (< lat. *uindicatu(m)*), *abendu* 'diciembre' (< lat. *adventu(m)*), *eliza* 'iglesia' (< lat. *ecclesia(m)*), *erretor* 'cura' (< lat. *rector*), *gurutze* 'cruz' (< lat. *cruce(m)*), *aingeru* 'ángel' (< lat. *angelu(m)*), *santu* 'santo' (< lat. *sanctu(m)*), *bekatu* 'pecado' (< lat. *peccatu(m)*), *fede* 'fe' (< lat. *fide(m)*), *ponte* 'pila bautismal' (< lat. *fontem*), *kare* 'cal' (< lat. *cale(m)*), *murru* 'muro, muralla' (< lat. *murum(m)*), *horma* 'muro, pared' (< lat. *forma(m)*), *solairu* 'piso' (< lat. *solariu(m)*), *gela* 'cuarto' (< lat. *cella(m)*), *ukuilu* 'cuadra, establo' (< lat. *locellu(m)*), etc.

Resulta especialmente interesante observar los ámbitos o campos semánticos a los que pertenecen estos préstamos: organización jurídica y administrativa, ámbito religioso o eclesiástico, comercio, vivienda, materiales de construcción, palabras de contenido abstracto en general...

⁴⁹ Antes veíamos cómo un topónimo vasco como *Donostia* tenía origen latino, pero es que de igual manera lo tienen otros muchos de poblaciones importantes: cf. *Doneztebe* –cast. *Santesteban*–, *Donamaria* –cast. *Donamaria*–, *Andoain* –cast. *Andoain*– (< *Anton-ain* 'propiedad de Antonio'), *Hernani* (< *uilla Herennii* 'villa de Herennius'), *Billabona* –cast. *Villabona*–, *Errenteria* –cast. *Rentería*– (el nombre se debe al cobro de las rentas e impuestos reales sobre productos exportados), *Pasaia* –cast. *Pasajes*– (derivado del lat. *passus* 'paso' por haber sido lugar de tránsito), *Santurtzi* –cast. *Santurce*– (< (*monasterium*) *Sancti Georgi* 'monasterio de San Jorge'), *Sestao* (< *fundu sextanu* 'fundo propiedad de Sexto'), etc. Vid. García Sánchez (2007: 135-141).

⁵⁰ Así decía Michelena (1960: 20) que "Vasconia, como área marginal, constituye una zona de refugio de prácticas, creencias, costumbres y técnicas de fecha muy diversa, como su lengua es un puerto donde se han cobijado tantas palabras y expresiones latinas y romances caídas en desuso en los lugares de procedencia". Vid., además, Echenique Elizondo (1997: 32 ss.).

⁵¹ Vid. García Hernández (2013a).



donde se han tomado y se siguen tomando cultismos), todos ellos permiten entender mejor las influencias histórico-culturales experimentadas en las distintas épocas. El léxico es el nivel más permeable de la lengua y es, por tanto, donde resulta más fácil observar este tipo de influencias. Lógicamente la etimología y, de nuevo, la motivación nos ayudan a reconocerlas.

No obstante, no solo los préstamos resultan de interés en esta proyección cultural de las palabras que aquí estamos destacando. El mejor conocimiento del léxico patrimonial latino, léxico heredado, a partir también de su etimología y motivación, es un manantial inagotable de sabiduría y de reconfortantes sorpresas para cualquier estudioso del léxico, pero también para cualquier hablante que tome conciencia de lo que subyace cuando se inspecciona en él. Mediante el estudio del léxico latino se alcanza a comprender mucho mejor el léxico románico y se pueden llegar a establecer conexiones inesperadas entre las palabras actuales del español y las demás lenguas románicas y europeas. Todo ello nos lleva a reivindicar el valor del latín como fuente de la que es necesario beber y como espejo retrovisor donde se debe mirar.

Solo así, y teniendo en cuenta el valor primigenio que tenía el prefijo *sub-* en latín y su desarrollo posterior, es posible explicar, por ejemplo, que un verbo como el esp. *subir*⁵² contenga ese prefijo y tenga el significado que tiene ('ir hacia arriba'), que es, por cierto, el mismo que tenía el latín *subire*, del que lógicamente procede.

Si desglosamos *subire*, nos daremos cuenta de que se trata de un verbo compuesto sobre la base del verbo latino *ire* 'ir' y el preverbo *sub-*, cuyo valor no era el de 'debajo', que es el que desde nuestra perspectiva actual más fácilmente le otorgaríamos, sino el de 'hacia arriba', pues ese es el sentido que tendría el preverbo desde el indoeuropeo y el que muestra en el lat. *subire* y, por ende, en *subir* ('ir hacia arriba'). En efecto, el significado antiguo del prefijo latino *sub-* era 'hacia arriba', que es el que refleja el adverbio compuesto *sursum* (> esp. *suso*) –frente a *deorsum* (> esp. *yuso*)–, el adj. *sublimis* 'sublime' (> esp. *sublime*), o, junto a *subire* 'subir, ir hacia arriba', los verbos *sublevare* 'sublevar' (> esp. *sublevar*), *surgere* 'ponerse en pie, levantarse' (> esp. *surgir*), *suspendere* 'colgar elevando' (> esp. *suspender*), *supportare* 'sostener' (> esp. *soportar*), *sustinere* (> esp. *sostener*) o *sustentare* –intesivo de *sustinere*– (> esp. *sustentar*)⁵³. El valor de 'debajo', que casi siempre corresponde a la preposición latina *sub* y que en español dio la desusada *so* 'bajo, debajo de' ("so capa de", "so color de", "so pena de", "so pretexto"), es el más evolucionado de *sub-* en latín y se debe a una metonimia, ya que todo lo que va hacia arriba ha de estar, en consecuencia, debajo.

El *sub-* latino desarrolló, en realidad, dos valores secundarios: 'a continuación' –en oposición a *prae-*, como en lat. *succedere* (> esp. *suced*), *sufijo*, *subdirector*, *subdelegado*, etc.– y 'bajo' –en oposición a *super-*, como en lat. *subiugare* (> esp. *subyugar*), *soterrar*, *substrato*, *subterráneo*–, que sería finalmente el que prevalece en las lenguas románicas. Pero su valor original, visible en un verbo latino antiguo como es *subire* –que ha mantenido el español y el portugués, así como el rumano⁵⁴–, procede del indoeuropeo **(s)upo* 'hacia arriba',

⁵² Y de la misma manera, el homógrafo portugués *subir* o el rum. *a sui*.

⁵³ Cf. García-Hernández (2000).

⁵⁴ Constituye un buen ejemplo para defender el conservadurismo de la Romania periférica frente a las innovaciones léxicas de la Romania central, que en este caso se aprecian bien en las formaciones romances del fr. *monter* 'subir' (a partir de *mont* 'monte'), cat. *pujar* 'subir' (< **podiare*, cf. cat. *puig* < lat. *podium* 'montículo') o, incluso del it. *salire* (< lat. *salire* 'saltar').



que también ha dado lugar al ingl. *up* (ingl. *to go up* 'subir') o al alemán *auf*. No conviene olvidar tampoco que el lat. *super* se formó como comparativo de superioridad a partir de *sub*; es decir, era 'aún más hacia arriba'.

Ciertamente el estudio de los preverbios latinos y su continuación y desarrollo en español está ofreciendo interesantes resultados, como, por ejemplo, la más precisa explicación del valor diminutivo del preverbio *entre-* (< lat. *inter-*) en verbos como *entreabrir* (< *interaperire*), *entrevener*, etc. Ese valor diminutivo caracteriza a ese preverbio desde el latín tardío, en lugar precisamente de *sub-* (lat. *subridēre* > esp. *sonreír*), que era el que más claramente lo manifestaba en latín⁵⁵.

Por otro lado, y esto es algo que debemos considerar no ya solo por su proyección cultural, sino, además, por su dimensión didáctica, el conocimiento de la etimología de las palabras facilita el aprendizaje de las mismas. Siempre se comprende mejor y se recuerda más lo aprendido cuando tiene una justificación; y eso es en concreto lo que la etimología y la motivación proporcionan: la justificación de por qué tenemos esa palabra y por qué significa lo que significa, por qué esa palabra es la que es y cómo se ha llegado a ella.

Hay toda una serie de cultismos, voces integrantes de un vocabulario de origen culto, que sirven para enriquecer el acervo léxico de un estudiante o de cualquier persona, y que se pueden aprender y recordar fácilmente gracias a la etimología. Sirvan como ejemplos el cultismo *procrastinar* 'diferir, aplazar' o el sustantivo correspondiente *procrastinación* 'acción y efecto de procrastinar', de cada vez más amplio uso, que remiten al sustantivo latino *cras* 'mañana, el día siguiente'. *Procrastinar* es precisamente 'dejar para mañana lo que se puede hacer hoy'. También puede valer aquí *inhumar*, voz que curiosamente muchos confunden en su significado con *incinerar*, quizá por pertenecer al mismo campo semántico, por el comienzo por *in-*, por una posible asociación con *humo*, o porque al tratarse de un cultismo parece asociarse a una práctica considerada más "moderna" –aunque no lo sea– como la de incinerar. El caso es que los que lo confunden lo que han dicho toda la vida ha sido *enterrar*, y, claro, para eso ya tenían esta palabra. De conocer la etimología verían que *enterrar* e *inhumar* son lo mismo: *inhumar* (< lat. *inhumare*) remite a *humus* 'tierra' y ese preverbio *in-*, que es lativo, direccional, es el que ha dado lugar a *en-*.

Además de ayudar a recordar y aprender léxico, la etimología enriquece y amplía perspectivas, sobre todo si se profundiza en ella. Conocer la etimología y la motivación de una palabra como *hijo*, por ejemplo, favorece la comprensión de cómo la motivación efectivamente existe hasta el punto de llegar a alcanzar la conexión entre forma y sentido, y de cómo se da también en palabras aparentemente tan comunes y cotidianas como esa, sobre las que no se suele reflexionar más allá.

Se puede saber que el esp. *hijo* procede del lat. *filius*; eso es más o menos fácil. Pero todavía más interesante resulta saber que en la base de *filius* se halla una raíz indoeuropea **dhé-*, con el valor de 'mamar', 'chupar', que aparece en *fel(l)are* 'mamar'⁵⁶. Es decir, *hijo* (< *filius*) es el que mama, y lo sería propiamente de los mamíferos. El latín *fel(l)are* nos lleva, por otro lado, a *femina* 'mujer', voz latina que por vía culta ha llegado como tal, *fémina*, con el valor de 'mujer', pero que por vía patrimonial pasó a *hembra*, con el valor que tenía

⁵⁵ Cf. García Sánchez (en prensa).

⁵⁶ Es probable que un hablante sepa qué es una *felación* (< lat. *fellatio*), pero seguramente no sepa por qué se llama así.



en latín –no el específico de ‘hembra del ser humano’–. La *hembra* (< lat. *femina*) es quien amamanta, quien da de mamar. Por cierto, la fecundidad y la felicidad se remontan a la misma raíz. El lat. *felix*, que también es antropónimo, nombre propio de persona, significaba ‘fértil’ y, por consiguiente, ‘feliz’.

Al comienzo de esta exposición decíamos que uno se debe remontar hasta donde es posible y procedente. Por un lado, porque no siempre puede uno llegar –de hecho, muy rara vez– hasta el étimo último, la razón auténticamente primigenia, de una palabra, que en términos absolutos habría de coincidir en la mayoría de los casos con la vinculación iniciática entre forma y sentido⁵⁷. Por otro lado, es suficiente con retrotraerse hasta el punto donde la explicación resulte relevante. Así, con la mayoría de las palabras españolas procedentes del latín, basta con volver la mirada hasta el estadio latino, aunque, con otras, como la que acabamos de ver, podamos ir más allá.

La etimología permite, si no establecer la conexión entre forma y sentido, al menos sí aproximarse algo más a ella, alcanzar un nivel más profundo en esa relación entre ambos, y, cuando menos, entender cómo se llega a la situación actual de las palabras y que todo tiene un porqué, aunque muchas veces no lo conozcamos. Esa averiguación –*uerificatio* la llamaba Cicerón– tiene enormes ventajas y aspectos favorables. Son muchas las cosas que se pueden aprender y saber gracias a la etimología.

Por otra parte, en relación con este último sustantivo que hemos visto, *hijo*, comprobamos que el adjetivo que le corresponde es *filial*, voz mucho más próxima al étimo que *hijo*. Esto es así porque muchos adjetivos proceden de palabras cultas latinas en tanto que los sustantivos correspondientes son palabras patrimoniales: *hijo* / *filial*; *hermano* / *fraterno*, -al; *ley* / *legal*; *raíz* / *radical*; *ojo* / *ocular*; *oreja* / *auricular*; *cabeza* / *capital*; *pecho* / *pectoral*; *dedo* / *digital*; *isla* / *insular*; *maestro* / *magistral*; *leche* / *lácteo*. La explicación reside en que los adjetivos suponen un grado ulterior del que representan los sustantivos en la creación o en el revestimiento de las lenguas románicas –y del español entre ellas– desde el latín; no en vano los sustantivos suelen ser la base sobre la que se derivan aquellos. El léxico heredado, patrimonial, es generalmente más básico, y, por ello, con más sustantivos que adjetivos. Por la misma circunstancia, el adjetivo es una categoría culta en mayor proporción que el sustantivo: además de *ojo* / *ocular* y *oreja* / *auricular*, tenemos *mano* / *manual*, donde *mano* (< lat. *manus*) ha pasado a los temas en -o- de la 2.ª declinación, mientras el adjetivo ha mantenido la -u- de la 4.ª declinación.

Un sustantivo latino como *labor* ha sido reemplazado por el vulgar *tripalium*⁵⁸ (> esp. *trabajo*), pero a este sustantivo románico le corresponde el adjetivo culto del primero: *trabajo* / *laboral*. Por su parte, el lat. *facies*, *faciēi* fue reemplazado desde el latín tardío por el helenismo *cara*, *carae*. Al castellano ha llegado de forma residual *haz* (el *haz* y el *envés*), pero ahí está el adjetivo culto latino: *cara* (*haz*) / *facial*.

⁵⁷ A la pretendida motivación onomatopéyica, fonética o fonosimbólica, que justificaría la conexión entre sonido y sentido, solo se podría llegar en un último peldaño de la tarea retrospectiva. Eso, con los actuales conocimientos, no es posible más allá del indoeuropeo.

⁵⁸ Conocido por ser el nombre de un instrumento de tortura formado por tres palos. Cf. Calvet (1996: 72).



A veces concurren los adjetivos latino y griego como cultismos y se reparten los significados del sustantivo patrimonial: *corazón / cardíaco* 'víscera' y *cordial* 'sede de sentimientos'; *dedo / dactilar* (huella) y *digital* (corresponde a *dedo* y al cultismo *dígito*).

A este respecto, son muy interesantes los dobletes léxicos, constituidos generalmente por una palabra culta y otra patrimonial⁵⁹. La etimología en ambas voces coincide, pero no su motivación, que, no obstante, se hace transparente muchas veces por la relación que se observa entre las dos. Si se sabe establecer la relación entre *derecho* y *directo* o entre *traición* ('entrega desleal') y *tradición* ('entrega que se recibe'), se entenderá bien su respectiva motivación. En justa correspondencia, la motivación, junto con su etimología, servirán, sin duda, para esclarecer esa conexión.

Queda puesto de manifiesto una vez más que la etimología de las palabras, y, a su lado, su motivación, aporta una información esencial para el mejor conocimiento del léxico y, en un plano más pragmático, para su mejor utilización.

4. El interés cultural de la etimología y de la motivación de las palabras reflejado en su divulgación

De un tiempo a esta parte están proliferando ciertas monografías, de carácter más o menos divulgativo, de avezados, expertos y prestigiosos lingüistas que tratan de mostrar precisamente cómo se puede aprender mucho de las palabras y de todo lo que ellas implican a través del conocimiento de su etimología y motivación.

Manuel Alvar, en referencia a su libro *Lo que callan las palabras. Mil voces que enriquecerán tu español* (2014), con buen criterio señala que no se trata de un diccionario etimológico, sino de "una colección de palabras cuyas interioridades pueden resultar atractivas a los lectores y, tal vez, les ayuden a comprender nuestra lengua y entender por qué las cosas se llaman como se llaman, esto es, a saber algo más de nuestra cultura. El conocimiento de la realidad nombrada nos enseña cómo voces que aparentemente no tienen nada que ver entre sí encajan en una descripción del mundo que nos rodea para dar nombre a lo que hay en él"⁶⁰.

José Antonio Pascual (2013) también ha publicado recientemente *No es lo mismo ostentoso que ostentóreo. La azarosa vida de las palabras*, donde se hace referencia a los orígenes de muchas voces para distinguir aquellas que, generalmente por razones de paronimia o sinonimia, se confunden. Así, el cruce de *ostentoso*, abundancial de *ostentar* (< lat. *ostentare*), con *estentóreo*, derivado de *Esténtor*, nombre del personaje de la *Ilíada*, ha dado lugar a esa voz "tan ostentórea"⁶¹.

⁵⁹ Vid., al hilo de esto mismo, [el valor de los dobletes para entender la "construcción" de la lengua](#) (García Sánchez, 2014).

⁶⁰ Así lo dice en su presentación del libro en [Estudios de Lexicografía 1 \(febrero 2015\)](#), p. 124. Asimismo en: <http://lasdosvidasdelaspalabras.com/2014/11/10/lo-que-callan-las-palabras-por-manuel-alvar-ezquerria/> [Consulta: 1-6-2015].

⁶¹ En una [entrevista publicada en ABC \(1-2-2013\)](#), Pascual explica ese y otros diecinueve ejemplos de palabras que aparecen en el libro.



No se puede pasar por alto que José Antonio Pascual es el director académico y máximo responsable del *Nuevo Diccionario Histórico del Español* (NDHE), magna obra cuyo objetivo es presentar de modo organizado la historia de las palabras del español y su evolución a lo largo del tiempo desde su origen en la lengua. Por supuesto en este diccionario se tiene muy en cuenta la etimología, aunque se debe reparar en que no es solo un diccionario etimológico; es mucho más que eso. Permitirá conocer el léxico del español, a través de su misma historia, de una manera integral, y contribuirá como ninguna otra herramienta a que las palabras muestren con claridad su proyección cultural⁶².

Dejando al margen esa obra principal y siguiendo con las monografías, de estilo similar a las anteriores es el libro de Virgilio Ortega (2014), *Palabralogía. Un apasionante viaje por el origen de las palabras*, que ha tenido su continuidad en el aún más reciente *Palabrotalogía. Etimología de las palabras soeces*, centrado en ese tipo de términos. Tiene asimismo un gran interés la monografía del latinista Javier del Hoyo (2013), *Etimologicón: el sorprendente origen de nuestras palabras y sus extrañas conexiones*⁶³.

Todos ellos se suman a otros notables precedentes en la divulgación de conexiones etimológicas y desarrollos significativos, como el libro de Fernando A. Navarro (2002): *Parentescos insólitos del lenguaje*⁶⁴; o más tempranamente aún, el de Louis-Jean Calvet, *Historias de palabras*, en su versión francesa, de 1993, y española (1996).

Al margen del canal tradicional que supone el libro en papel, las múltiples posibilidades que ofrecen en la era de Internet las nuevas tecnologías, representadas en este caso fundamentalmente por los medios audiovisuales, los blogs y las redes sociales, contribuyen a la difusión de este tipo de estudios y muestran el interés que desde luego tiene este campo por todo lo que de "cultura" –así se percibe– aporta.

Destacan, sin duda, las intervenciones semanales del romanista José Enrique Gargallo en el programa televisivo del segundo canal de RTVE *Para todos La 2*, donde tiene siempre en cuenta el marco románico. Véanse algunas de ellas, como las referidas a los *abuelos* (30-5-2013), a *compartir* (24-1-2014), a la *iluminación* (14-3-2014), a *llegar* (13-6-2013), a *caber* y la gran familia léxica del lat. *capĕre* (24-10-2014), o a *niño* (14-11-2014).

⁶² Una primera muestra del NDHE está disponible en <<http://web.frl.es/DH/>>, donde también se ofrece información sobre su composición y organización. Aparece, además, un pequeño resumen del mismo en la [página-web de la RAE](#). Para una información amplia y detallada recomendamos el número monográfico dedicado al NDHE en [Estudios de Lexicografía 3 \(mayo de 2015\)](#), donde se da cuenta, entre otras cosas, del tratamiento de la etimología en él (pp. 23-30).

⁶³ No entran propiamente dentro de esta categoría, por situarse más en la de la fraseología, los dos libros de otros tres profesores de Filología Latina de la Universidad Autónoma de Madrid, Antonio Cascón, Rosario López y Luis Unceta, quienes bajo el seudónimo de Víctor Amiano (2012 y 2014) han reunido sendas series de expresiones y frases latinas y expresiones en español con origen en el mundo clásico, que reciben su correspondiente explicación a partir de su génesis. No obstante, no dejan de tener vinculación con lo que estamos viendo, pues el origen de ese tipo de expresiones –como el de las unidades fraseológicas en general– posee de igual manera una importante proyección cultural. Por todo ello, no está de más mencionarlos también aquí.

⁶⁴ Están disponibles en la red, publicadas a modo de breves artículos del mismo autor en la sección *Rinconete* del Centro Virtual Cervantes del Instituto Cervantes, muchas de estas interesantes explicaciones etimológicas: <http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/busqueda/resultadosbusqueda.asp?Ver=50&Pagina=1&NombreAutor=Fernando&ApellidosAutor=Navarro&OrdenResultados=2> [Consulta: 1-6-2015].



También los breves episodios de [El palabrero](#), con Juan Antonio Vázquez, en Radio 5 de RNE tratan muchas cuestiones etimológicas que explican el porqué de las palabras o los parentescos entre ellas. Es representativo, a modo de ejemplo, el titulado [Vecinos de Vigo](#) (10-3-2015), que descubre cómo los topónimos *Vigo* y *Vic* y palabras como *vecino*, *economía*, *ecología* y *parroquia* están emparentados. A veces se hacen eco de algunos estudios etimológicos publicados en revistas científicas, como el de García-Hernández (2013b): [Que viene el coco](#) (11-12-2014), [Cocos y cochinos](#) (13-12-2014), [Calla, chucho, que no te escucho](#) (14-12-2014) y [Metiendo el cuezo y el pescuezo](#) (16-12-2014).

Es muy interesante la sección dominical *Verba uolant* del programa de las mañanas del fin de semana de RNE [No es un día cualquiera](#), donde otro latinista, Emilio del Río, establece la conexión del léxico español con el latín. Algunos podcast de muestra son los siguientes: [Flumen](#) (8-2-2015), [Carnaval](#) (15-2-2015), [Pacta sunt seruanda](#) (22-2-2015)⁶⁵.

También semanalmente en RNE, en el programa [La noche en vela](#) tienen una pequeña sección los integrantes de *El molino de ideas*, donde de modo ameno y espontáneo hablan sobre orígenes de palabras.

La presencia de blogs que tratan sobre etimología es cada vez mayor. Algunos, como [Etimología de la lengua española](#), versan exclusivamente sobre etimología y otros la incorporan en algunas o varias de sus entradas, como el [Blog de Lengua](#) de Alberto Bustos o el [Laboratorio del lenguaje](#), coordinado por Fernando A. Navarro –a quien ya hemos mencionado por su libro de parentescos de palabras y sus colaboraciones en la sección *Rinconete* del CVC–, y José Ramón Zárate.

Otros blogs que recogen etimologías de palabras y expresiones, entre otras curiosidades, son el de Alfred López ([Ya está el listo que todo lo sabe](#)), quien ha publicado también dos libros del mismo título con esas explicaciones, y el de Javier Álvarez ([Del castellano](#)).

El blog de Juan V. Romero, [Las dos vidas de las palabras](#), que originalmente abordaba el estudio de distintos dobles léxicos y recogía interesantes explicaciones etimológicas, ha dado paso a empresas más ambiciosas en el ámbito de la lengua y de la literatura españolas dentro del grupo editor cuyo nombre conserva el de esa labor divulgativa inicial⁶⁶. Naturalmente, además de los variados y relevantes contenidos actuales, se pueden seguir consultando las antiguas entradas.

Por otro lado, Domingo Vallejo recopila noticias relacionadas con la etimología en [Fundamentos léxicos. Etimología y fundamentos del lenguaje](#).

En la red social Twitter son varias las cuentas que difunden etimologías y explicaciones sobre la motivación de las palabras con más o menos suerte. De entre ellas se pueden citar algunas, como la de Cris García-Tornel ([@ComaConComilla](#)) o Arturo Ortega Morán ([@harktos](#)), que sobresalen por su regularidad y fiabilidad.

⁶⁵ Todos los enlaces a los podcast están incluidos aquí: <http://arsdocendi.blogspot.com.es/p/el-latin-en-la-actualidad.html?m=1> [Consulta: 1-6-2015].

⁶⁶ Entre ellas está la revista mensual *Estudios de Lexicografía* (ELex), ya mencionada. Puede verse toda la actividad del grupo en <http://lasdosvidasdelaspalabras.com/> [Consulta: 1-6-2015].



También, por el hecho de que remiten a sus propias intervenciones en los programas o blogs mencionados, son interesantes las cuentas de José Enrique Gargallo ([@JEGargallo](#)), *El palabrero* ([@ElpalabreroRNE](#)), Emilio del Río ([@emilio_delrio](#)), Molino de ideas ([@MolinodelIdeas](#)), Blog de Lengua de Alberto Bustos ([@blogdelengua](#)), Fernando A. Navarro ([@navarrotradmed](#)), Alfred López ([@yelqtls](#)), *Del castellano* ([@delcastellano](#)), *Las dos vidas de las palabras* ([@romero_iv](#)) o Domingo Vallejo ([@breviaria](#)).

Sin duda hay muchos más libros, programas y blogs divulgativos, así como cuentas o perfiles en las redes sociales. Estos son solo algunos, pero nos sirven como muestra del creciente interés que despierta la etimología y la motivación de las palabras. Su importante proyección cultural es razón suficiente para que esto sea así.

Jairo Javier García Sánchez

Universidad de Alcalá

jairo.garcia@uah.es



Referencias bibliográficas

- Alvar Ezquerro, Manuel (2014): *Lo que callan las palabras. Mil voces que enriquecerán tu español*, Madrid: JdeJ Editores.
- Álvarez de Miranda, Pedro (2009): "Neología y pérdida léxica", en: De Miguel, Elena (ed.), *Panorama de la lexicología*, Barcelona: Ariel, pp. 133-158.
- Amiano, Víctor (2012): *Peccata minuta. Expresiones y frases latinas para el siglo XXI. Origen, uso y curiosidades*, Barcelona: Ariel.
- Amiano, Víctor (2014): *Dichosos dichos. Frases y expresiones del mundo clásico para el siglo XXI. Origen, usos y curiosidades*, Barcelona: Ariel.
- Baldinger, Kurt (1977, 2.ª ed.): *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna*, Madrid: Alcalá.
- Benveniste, Émile (1986, 14.ª ed.): *Problemas de lingüística general*, Madrid: Siglo XXI.
- Calvet, Louis-Jean (1996): *Historias de palabras*, versión española de Soledad García Mouton, Madrid: Gredos.
- Casas Gómez, Miguel (1996): "El poder mágico de la palabra", *Trivium. Anuario de Estudios Humanísticos 8, In memoriam Prof. José Luis Millán Chivite*, pp. 29-52.
- Casas Gómez, Miguel (2002): *Los niveles del significar*, Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Coseriu, Eugenio (1977): *Tradición y novedad en el lenguaje*, Madrid: Gredos.
- Coseriu, Eugenio (1978): *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid: Gredos.
- Coseriu, Eugenio (1981, 2.ª ed.): *Principios de semántica estructural*, Madrid: Gredos, 2ª ed.
- De Hoz, Javier (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, Manuales y Anejos de "Emerita" - L, Madrid: CSIC.
- Del Hoyo, Javier (2013): *Etimologicón: el sorprendente origen de nuestras palabras y sus extrañas conexiones*, Barcelona: Ariel.
- Díaz Hormigo, María Tadea (2006): "Arbitrariedad, motivación morfológica y variación lingüística", en: Luque Durán, Juan de Dios (ed.), *Actas del V Congreso Andaluz de Lingüística General. Homenaje al profesor José Andrés de Molina Redondo*, Granada: Granada Lingüística, vol. II, pp. 747-761.
- DPD = Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2005): *Diccionario panhispánico de dudas*, Madrid: Santillana.
- DRAE = Real Academia Española (2014, 23.ª ed.): *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid: Espasa.
- Echenique Elizondo, M.ª. Teresa (1997): *Estudios lingüísticos vasco-románicos*, Madrid: Istmo.
- García Manga, María del Carmen (2002): "La motivación lingüística: propuesta de clasificación", *Res Diachronicae. Anuario de la Asociación de Jóvenes Investigadores de Historiografía e Historia de la Lengua Española 1*, pp. 159-168.
- García Sánchez, Jairo Javier (2005): "Cataluña y sus topónimos (I)", *Rinconete*, Centro Virtual Cervantes, Instituto Cervantes [en línea].
<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/julio_05/26072005_01.htm>.



- García Sánchez, Jairo Javier (2007): *Atlas toponímico de España*, Madrid: Arco Libros.
- García Sánchez, Jairo Javier (2010): "En torno a la toponimia madrileña", en: Gordón Peral, María Dolores (coord.), *Toponimia de España. Estado actual y perspectivas de la investigación*, Berlín: De Gruyter, pp. 259-267.
- García Sánchez, Jairo Javier (2014): "Los dobles léxicos y la "construcción" de la lengua", *Maestros de Filología*, Revista del grupo "Las dos vidas de las palabras" [en línea].
<<http://lasdosvidasdelaspalabras.com/2014/01/08/profesor-jairo-garcia-sanchez-universidad-de-alcala/>>.
- García Sánchez, Jairo Javier (en prensa): "Las variantes preverbiales *inter-* y *entre-* en español. Del valor espacial al diminutivo", en: García-Hernández, Benjamín y Azucena Penas Ibáñez (eds.), *Semántica latina y románica. Unidades de significado conceptual y procedimental*.
- García-Hernández (2000): "Los resultados del prefijo latino *sub-* en español", en: García-Hernández, Benjamín (ed.), *Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veikko Väänänen (1905-1997)*, Madrid: Ediciones Clásicas, pp. 63-96.
- García-Hernández, Benjamín (2013a): "La supervivencia de *hechar*. *Hechando el eje*", *RSEL* 43/2, pp. 91-112.
- García-Hernández, Benjamín (2013b): "Del lat. COCCUM, COCEUS y COCCINUS al esp. *coco*, *cocho*, *cochino* y *cochinilla*", *RFE* XCIII, pp. 41-70.
- Guiraud, Pierre (1975, 8.ª ed.): *La sémantique*, París: Presses Universitaires de France.
- Luque Durán (2001): *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*, Granada: Método Ediciones.
- Malkiel, Yakov (1996): *Etimología*, Madrid: Cátedra.
- Michelena, Luis (1960): *Historia de la literatura vasca*, Madrid: Minotauro.
- Navarro, Fernando A. (2002): *Parentescos insólitos del lenguaje*, Madrid: El Prado.
- NDHE = Instituto de Investigación Rafael Lapesa de la RAE (2013-): *Nuevo diccionario histórico de la lengua española* [en línea]. <<http://web.frl.es/DH/>>.
- Nieto Ballester, Emilio (2011): "España", en: García Arias, X. Ll. (coord.) y Emili Casanova (ed.), *Toponimia hispánica. Origen y evolución de nuestros topónimos más importantes*, Valencia: Denes, pp. 395-396.
- Ortega, Virgilio (2014), *Palabralogía. Un apasionante viaje por el origen de las palabras*, Barcelona: Crítica.
- Ortega, Virgilio (2015), *Palabrotalogía. Etimología de las palabras soeces*, Barcelona: Crítica.
- Pascual, José Antonio (2014): *No es lo mismo ostentoso que ostentóreo. La azarosa vida de las palabras*, Madrid: Espasa.
- Penadés Martínez, Inmaculada (2006): "La motivación lingüística y la motivación fraseológica", en: *Actes del VII Congrés de Lingüística General*, CD-Rom [recurso electrónico] (ISBN: 84-475-2086-8), Barcelona: Universitat de Barcelona, p. 75.
- Penadés Martínez, Inmaculada (2012): *Gramática y semántica de las locuciones*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

- Penadés Martínez, Inmaculada y María Tadea Díaz Hormigo (2008): "Hacia la noción lingüística de motivación", en: Álvarez de la Granja, María (coord.), *Lenguaje figurado y motivación: una perspectiva desde la fraseología*, Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 51-68.
- Saussure, Ferdinand de (1967, 6.ª ed.): *Curso de lingüística general*, trad., prólogo y notas de Amado Alonso, Buenos Aires: Losada.
- Ullmann, Stephen (1967, 2.ª ed.): *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Madrid: Aguilar.
- Zamboni, Alberto (1988): *La etimología*, Madrid: Gredos.